

FERNÁNDEZ DE ANDRADA, ANDRÉS (1575-1648)

*EPÍSTOLA MORAL A FABIO*

Fabio, las esperanzas cortesanas  
prisiones son do el ambicioso muere  
y donde al más activo nacen canas;

el que no las limare o las rompiere  
ni el nombre de varón ha merecido,  
ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido  
elija en sus intentos temeroso  
primero estar suspenso que caído;

que el corazón entero y generoso  
al caso adverso inclinará la frente  
antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dio al prudente  
que supo retirarse, la fortuna,  
que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible e importuna  
de contrarios sucesos nos espera  
desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar como a la fiera  
corriente del gran Betis, cuando airado  
dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado  
que el premio mereció, no quien la alcanza  
por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza  
cuanto de Astrea fue, cuanto regía  
con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía  
del inicuo, precede y pasa al bueno,

¿qué espera la virtud o en qué confía?

Vente, y reposa en el materno seno  
de la antigua Romúlea, cuyo clima  
te será más humano y más sereno.

Adonde, por lo menos, cuando oprima  
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:  
«Blanda le sea», al derramarla encima;

donde no dejará la mesa ayuno  
cuando en ella te falte el pece raro  
o cuando su pavón nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,  
como en la oscura noche del Egeo  
busca el piloto el eminente faro;

que si acortas y ciñes tu deseo  
dirás: «Lo que desprecio he conseguido;  
que la opinión vulgar es devaneo.»

Más quiere el ruiseñor su pobre nido  
de pluma y leves pajas, más sus quejas  
en el bosque repuesto y escondido,

que agradar lisonjero las orejas  
de algún príncipe insigne, aprisionado  
en el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado  
a esa antigua colonia de los vicios,  
augur de los semblantes del privado.

Cese el ansia y la sed de los oficios;  
que acepta el don y burla del intento  
el ídolo a quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,  
y no le pasarás de hoy a mañana,  
ni aun quizá de uno a otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana  
de nuestra grande Itálica, y, ¿esperas?  
¡Oh terror perpetuo de la vida humana!

Las enseñanzas grecianas, las banderas  
del senado y romana monarquía  
murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día,  
do apenas sale el sol, cuando se pierde  
en las tinieblas de la noche fría?

¿Qué más que el heno, a la mañana verde,  
seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!  
¿Será que de este sueño me despierte?

¿Será que pueda ver que me desvío  
de la vida viviendo, y que está unida  
la cauta muerte al simple vivir mío?

Como los ríos, que en veloz corrida  
se llevan a la mar, tal soy llevado  
al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?,  
o, ¿qué tengo yo a dicha, en la que espero,  
sino alguna noticia de mi hado?

¡Oh si acabase, viendo cómo muero,  
de aprender a morir, antes que llegue  
aquel forzoso término postrero;

antes que aquesta mies inútil siegue  
de la severa muerte dura mano,  
y a la común materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,  
el otoño pasó con sus racimos,  
pasó el invierno con sus nieves cano;

las hojas que en las altas selvas vimos  
cayeron, ¡y nosotros a porfía  
en nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al Señor que nos envía  
las espigas del año y la hartura,  
y la temprana lluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura  
a las aguas del cielo y al arado,

ni la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fue criado  
el varón para el rayo de la guerra,  
para surcar el piélagos salado,

para medir el orbe de la tierra  
y el cerco por do el sol siempre camina?  
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!

Esta nuestra porción alta y divina,  
a mayores acciones es llamada  
y en más nobles objetos se termina.

Así aquella, que al hombre sólo es dada,  
sacra razón y pura, me despierta,  
de esplendor y de rayos coronada,

y en la fría región, dura y desierta,  
de aqueste pecho enciende nueva llama,  
y la luz vuelve a arder que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,  
y callado pasar entre la gente  
que no afecto a los nombres ni a la fama.

El soberbio tirano del Oriente,  
que maciza las torres de cien codos  
del cándido metal puro y luciente,

apenas puede ya comprar los modos  
del pecar; la virtud es más barata,  
ella consigo misma ruega a todos.

¡Mísero aquel que corre y se dilata  
por cuantos son los climas y los mares,  
perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,  
un libro y un amigo, un sueño breve,  
que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe  
naturaleza al parco y al discreto,  
y algún manjar común, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto  
que pongo la virtud en ejercicio:  
que aun esto fue difícil a Epiteto.

Basta, al que empieza, aborrecer el vicio,  
y el ánimo enseñar a ser modesto;  
después le será el cielo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto  
de sólida virtud; que aun el vicioso  
en sí proprio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuán forzoso  
este camino sea al alto asiento,  
morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento  
aquella inteligencia que mensura  
la duración de todo a su talento.

Flor la vimos ayer hermosa y pura,  
luego materia acerba y desabrida,  
y sabrosa después, dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida  
y compase y dispense las acciones  
que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que siga los varones  
que moran nuestras plazas macilentos,  
de la verdad infames histriones;

estos inmundos, trágicos, atentos  
al aplauso común, cuyas entrañas  
son oscuros e infaustos monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas  
el aura, respirando mansamente!  
¡Qué gárrula y sonora por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!  
¡Qué redundante y llena de ruido  
por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,  
en las costumbres sólo a los mejores,

sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y las colores  
en nuestro traje, ni tampoco sea  
igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,  
un estilo común y moderado,  
que no le note nadie que le vea.

En el plebeyo barro mal tostado  
hubo ya quien bebió tan ambicioso  
como en el vaso Múriñopreciado;

y alguno tan ilustre y generoso  
que usó, como si fuera vil gaveta,  
del cristal transparente y luminoso.

Sin la templanza, ¿viste tú perfeta  
alguna cosa? ¡Oh muerte! Ven callada,  
como sueles venir en la saeta;

no en la tonante máquina preñada  
de fuego y de rumor; que no es mi puerta  
de doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me enseña descubierta  
su esencia la verdad, y mi albedrío  
con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuánto confío,  
ni al arte de decir, vana y pomposa,  
el ardo atribuyas de este brío.

¿Es, por ventura, menos poderosa  
que el vicio la verdad? ¿O menos fuerte?  
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte  
se arroja al mar, la ira a las espadas,  
y la ambición se ríe de la muerte.

Y ¿no serán siquiera tan osadas  
las opuestas acciones, si las miro  
de más nobles objetos ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro  
de cuanto simple amé: rompí los lazos;  
ven y sabrás al alto fin que aspiro  
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.